

da orden formaba una escuela dentro de la filosofía escolástica. Los franciscanos debieron traer muy vivo el recuerdo del Sr. sutil: los agustinos, como es natural, debieron ser partidarios del sabio Obispo de Hipona. Los dominicos, acérrimos defensores del Sol de las escuelas Sto. Tomás de Aquino; y a su tiempo dejáronse ver los jesuitas distinguiendo profundamente de los dominicos en puntos tan delicados como son la conciliación de la gracia y la libertad y la explicación de la predestinación.

Es por tanto, creíble, que siempre haya habido cierta provechosa emulación entre los diversos colegios, y más que todo, entre los profesores que pertenecían a diversas órdenes religiosas, siendo la ventaja en favor de los alumnos.

En efecto, los discípulos dotados de talento y aplicados, sintense poseídos de singular entusiasmo, en an-

do advertir la divergencia de opiniones entre profesores igualmente sabios y acerca de verdades por todos reconocidas; el mismo espíritu de partido aviva el entendimiento, disputa la curiosidad, se piensa, se indaga por propia cuenta, se lee, se consulta; no es raro que el amor imato a la independencia científica los haga un tanto atrevidos en sus ideas, algo irrupetuosos en sus impugnaciones, pero, así se forman las inteligencias y esto es andar por el camino de la filosofía.

Nuestra historia sin ser ingrata, no puede hacer punto omiso de la memoria de los religiosos a quienes México debe buena parte de su civilización. Las crónicas de los primeros tiempos que inmediatamente siguieron a la conquista; después las historias y por fin algunos trabajos de apreciable erudición como los del Sr. García Texalcala, dan elocuente testimonio del celo de los religiosos

a quienes los indios debieron lo mas de su libertad, los privilegios con que los distinguió la corona de España, la religión, la ciencia, las artes.

Sus defectos tendrían, ¿quién no los tiene? Había algunos religiosos no buenos y hasta perversos, ¿las comunidades se componían de hijos de Adán? Hay defectos propios de la época en que se lamentan; hay otros que no dependen de mala fe sino que quizá son hijos de un celo imprudente pero celo al cabo. En instituciones humanas y que duran muchos siglos por fuerza entran algunos individuos que mejor fuera que no hubieran entrado, y más diremos, mejor les hubiera sido no haber nacido, como se expresó Jesucristo acerca de su infiel discípulo. Veamos con juicio sereno las cosas y tomaremos un aspecto muy diferente: así lo exige el recto criterio histórico.

Capítulo VII.

La Imprenta.

La imprenta ha sido para el mundo uno de los más poderosos elementos de progreso. Escasos en número los ejemplares de obras antiguas que se habían salvado de la inclemente mano del tiempo y, más que todo, el abandono en que estuvieron, primero por el debordamiento de la barbarie sobre Europa, después por los trabajos de moderar, de dulcificar las costumbres, se estudiaba poco: pero era difícil hacerlo estando con las armas en la mano para ofensa o defensa: no podían concentrarse la fuerza de la mente, cuando la avaricia, la ambición, el amor propio, el miedo y todas las pasiones distraían la ~~parte~~ ^{atención} a muchas